

cidos, que nadie como ellos habia probado, recogieron á Ignacio en sus reales, y enterados de su alcurnia por las noticias recibidas, cual de su valor por las llagas en su cuerpo abiertas se habian enterado, movidos de compasion, le recogieron con cuidado y lo curaron con caridad. Varios dias estuvo entre la vida y la muerte; pero al fin su fortísimo natural venció á su gran desgracia, y mejorado un tanto, pudo irse, inválido de los combates, al seno tranquilo de sus campos. Una litera y los hombros de sus compañeros de armas sirviéronle para trasladarse de la ciudad al valle, donde le acogió su casa solariega, y en la casa solariega una humilde celda, testigo fiel de sus primeros pensamientos religiosos y de sus primeros planes monásticos.

### CAPITULO III

#### LAS NUEVAS ÓRDENES MONÁSTICAS

Mientras la vida de Ignacio se transformaba de tal suerte, la revolucion religiosa recorria y dominaba el mundo. Por aquellos mismos años de sus penas y de sus vigiliias, Alberto de Brandeburgo, gran maestre de la orden Teutónica, verdadera caballería pontificia, desacataba tristemente al Papa su jefe, rompía, ya setenton, su voto de castidad monástica, y fundaba el ducado hereditario de Prusia, verdadero principio y raíz del imperio protestante que llena hoy con su autoridad y con su fuerza todo el territorio de Alemania. Cuando Ignacio iba, desde Pamplona, en hombros de sus compañeros, al solar vascongado, la revolucion germánica, ya exagerada por los anabaptistas, llegaba necesariamente al período de madurez, que traen consigo siempre los grandes desengaños anejos á todas las innovaciones. Por aquellos dias mismos, la voz de Zuinglio conmovió las montañas de Suiza y derribó las iglesias católicas. En unos cuantos años la idea nueva recorrió desde Sevilla y Valladolid á los mares islandeses y finlandeses, irradiada por el centro europeo y difundida por la unidad misma del imperio romano y católico. Ya se hallaba establecida y arraigada entonces en los sitios mismos en que hoy se presenta organizada y viva. Los pueblos que no habian reconocido la nueva idea oficialmente, acariciábanla en secreto. Si en Alemania quedaba una décima parte de la poblacion en el Catolicismo, por lo contrario, en Austria quedaba una tercera, dividiéndose las otras dos en las varias sectas protestantes. Las universidades católicas enseñaban la nueva fe, sino á las claras, en símbolos transparentes; y los maestros, en su mayor



parte frailes ó eclesiásticos antes, desdeñaban y huían las órdenes sagradas. En Viena se despoblaban los seminarios, en Colonia se descubrían á cada paso maestros y rectores herejes; en Dilingen, universidad fundada para contrastar la Reforma, no habia quien asistiese á las cátedras ni quien las desempeñase; en la fuerte Hungría penetraba la revolucion á pesar de oponerle con ánimo resuelto el hierro y el fuego los aristócratas magyares; y en Transilvania se organizaban y vivían sectas arrianas contrarias á la divinidad de Cristo, que aun hoy tienen existencia pública y legal.

¿Qué mas? El Protestantismo entraba con verdadera publicidad en Italia y hería como toda luz nueva las cimas del humano entendimiento. Minisio, librero de Pavía, trasladaba desde Basilea al Milanésado las obras de Lutero; Bembo y Sadoletto le escribían á Melanchton; los predicadores mismos de Carlos V, el infeliz Ochino, de Siena, predicaban contra la divinidad de Cristo: mientras Pedro Mártir de Bolonia traducía los libros de Zuinglio. Secretario de los prelados mas queridos en la corte imperial era Servet; primado de la Iglesia española era Carranza; confidente del Emperador mismo era Constantino. Para contrastar tan grande impulso hacía adelante, necesitábase otro impulso no menos fuerte hacía atrás. Y el Hércules que lo meditaba era el pobre militar estropeado, á quien sus terribles enfermedades retenían en el austero lecho de Loyola.

Los ánimos mas piadosos y las inteligencias mas fieles, aun dentro de la ortodoxia católica, imputaban el progreso de la revolucion al relajamiento del clero en general y en particular de las órdenes religiosas. Ya hemos visto en el capítulo anterior los esfuerzos del gran Cisneros por la reforma de los monasterios y la resistencia invencible que hallaba en las costumbres. El año aquel en que Loyola se recogía dentro de sí mismo, Pablo Giustiniani, disgustado del mundo y de sus pompas, íbase al desierto de los Camaldulos, creyendo encontrar en la soledad el reposo propio de las virtudes serenas. ¡Cuánta no sería su extrañeza, viendo que, aun allí, en aquellos apartados retiros, donde los desengañados del mundo estaban sobre los yermos, con anticipados sudarios ceñidos al cuerpo, esperando la muerte, se habían deslizado los peores vicios y pasiones de la vida! Giustiniani entonces, en 1522, propuso una severísima reforma. Para llegar á la perfeccion del alma y á

sus eternos destinos en el cielo, necesitábanse tres cosas: primera, que la soledad fuese cada dia mas cierta y mas inaccesible á las extrañas curiosidades; segunda, que los votos de castidad y de pobreza y de obediencia se cumpliesen con el mas exacto rigor; tercera, que cada monje se tapiase y recluyese dentro de su aislada y solitaria celda, como el cadáver en el ataud y el ataud en el nicho. Erigió, pues, en los sitios rientes, en las alturas donde solo alcanzan las alas y los gorjeos de las aves, oratorios á cuyas puertas crecían algunas flores cultivadas por los penitentes y en cuyas paredes algunas efigies queridas y adoradas del corazón, que inspiraban esas expansiones mediante las cuales el alma humana se identifica, por la meditacion y por la plegaria, como la alondra de nuestros surcos de barro se dora por sus vuelos precoces y por sus alegrías matutinas, en los primeros cándidos reflejos de naciente alborada.

Hasta los franciscanos, aquellos que habían sobrepuesto las tres Iglesias de Asís, cuyo término último tocaba en el cielo; que habían escrito las florecillas de Cristo, verdadero abril de las ideas; que habían deletreado la oracion formada por las aves con sus arpegios y las estrellas con sus destellos; que habían movido los pinceles del inspirado Giotto y la lengua del seráfico San Buenaventura; que habían cuajado y cristalizado tantas ideas en el mundo, renovadores verdaderos del cristianismo, apóstoles de una democracia por todo extremo contraria y opuesta de suyo al bárbaro régimen feudal, acababan de corromperse por tal manera que los capuchinos, sus reformadores, apelaron al divino servicio nocturno, á la oracion casi continua y constante, á las maceraciones del cuerpo y al silencio del espíritu, para devolver á la orden decadente su original carácter y su pristina virtud.

No bastaba con reformar las órdenes monásticas, necesitábase tambien reformar el clero secular. Dos hombres se reunieron para este fin y fundaron la regla de los teatinos. El uno se llamaba Cayetano de Tiene y el otro Juan Pedro Caraffa. Jamás dos compleciones mas opuestas se habían unido é identificado en una obra comun. Cayetano era de natural linfático y Caraffa de natural sanguíneo; Cayetano dulce de humor y Caraffa indócil y áspero; Cayetano retraído y audaz Caraffa; Cayetano silencioso y Caraffa verbosísimo; Cayetano tranquilo y Caraffa vehemente; pero los dos, á pesar de las



contradicciones radicales de sus respectivas naturalezas, habian probado los gustos y los placeres del mundo segun sus sendas inclinaciones, y sentido igual dejo de acerbidad y de amargura que les llevaba necesariamente al menosprecio de las frágiles cosas terrenas y á la espiritual absorcion mística en los eternos arquetipos. Pertenecientes uno y otro á la mas alta clerecía, dotados uno y otro de ricos beneficios, con muchas dignidades y honores, protonotario Cayetano y prelado Caraffa, despojáronse de todo y prometieron, por aquel tiempo, reducirse á una pobreza y miseria tales que hasta la mendicidad les fuese vedada, esperando su vestidura como las flores del campo, su alimento como las aves del cielo ¡ay! de la bondad y de la providencia del Criador. Aun hoy el viajero, que recorre las alturas del Pincio coronadas por los bustos de los héroes y de los tribunos de Italia, y que visita las academias de la villa Médicis, puede rastrear entre aquellas aparatosas decoraciones, los surcos donde cayeron las primeras lágrimas; y al trasponer el sol la mole áurea llamada Rotonda de San Pedro y que parece como el cráneo que oculta el cerebro de la cristiandad, puede ver, al son de las quinientas campanas que tocan el Ave-María en la Ciudad Eterna, levantarse de tantas ruinas coronadas por guirnaldas de ideas fúnebres las sombras luctuosas de los que intentaron y no consiguieron una reforma del clero y de la Iglesia.

Bajaron aquellos hombres á las calles romanas y difundieron la idea evangélica. Sus bocas se abrian, como fuentes de verdades; y sus lenguas vibraban como clarines de rebato. Cuando ya la predicacion agotaba sus fuerzas intelectuales, iban á los asilos del pobre y del enfermo á socorrerlos y cuidarlos, á endulzar las amarguras de su vida y á bendecir las agonías de sus últimos momentos. Así constituyeron un seminario, cuyo principal objeto fué educar obispos que renovasen las sedes apostólicas y embelleciesen las mitras eclipsadas. Mas para conocer cómo todos estos grandes proyectos se frustraban, no hay sino decir que esta orden, pagada de su carácter evangélico, nacida como una reaccion contra el sensualismo de la sociedad, concluyó por exigir á sus miembros pruebas de limpia sangre é informacion de histórica nobleza.

La fundacion de todas estas órdenes mostraba que la Iglesia universal se creía, cual nunca, en la necesidad urgente de una valerosísima defensa,

Organizar esta defensa, repeler los asaltos enemigos, reclutar los soldados del Catolicismo, espirar para el mundo y vivir para el Papa; hé ahí, cuánto pedía la Iglesia en su dolor y cuánto se preparaba con ánimo resuelto á darle aquel campeon, que habia defendido en tan extraordinarios empeños las ciudadelas menos altas y menos fuertes, confiadas por la patria y el rey á su fidelidad y á su pujanza. Una milicia, hé ahí lo que formó; una defensa de la Iglesia sitiada, hé ahí lo que hizo. El suceso de Pamplona, comienzo de sus transformaciones, resulta el símbolo de la vida entera de aquel gran paralítico, que quiere paralizar el espíritu, reducirlo á un ataud tan estrecho como su jergon de Loyola, envolverlo en el sayal y en la mortaja de una penitencia eterna, iluminarlo con las pesadillas de un sueño enfermizo y con las visiones de un insomnio perdurable, como si á toda la humanidad pudiesen imponerse los sacrificios y los suicidios que muchas veces el dolor ó el infortunio imponen á los individuos. Las utopias que se adelantan á lo porvenir, no prevalecen por prematuras; pero resultan como una consoladora y poética alborada en la historia; y las utopias de lo pasado se frustran siempre y están condenadas á una esterilidad irremediable.